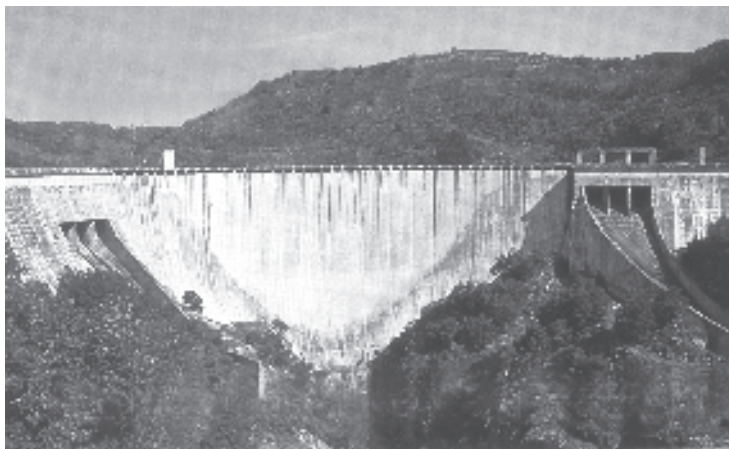


La crisis del paradigma detrás de la crisis de la energía

Walden Bello*



Hoy en día, en muchas naciones en desarrollo, los sistemas energéticos centralizados estatales están empantanados por el mal manejo, la corrupción y la deuda. Y en cada país, agencias multilaterales influyentes como el Banco Asiático de Desarrollo y el Banco Mundial han encontrado una panacea para estos males: la privatización y la desregulación. Éste es el caso de India, Tailandia y Filipinas.

Sin embargo, el debate sobre la empresa estatal vs. la empresa privada oscurece las complejidades de la generación y distribución de energía en el Tercer Mundo. Pues lo que se encuentra detrás de los problemas de las gigantescas agencias como la Autoridad de Generación de Electricidad de Tailandia (EGAT) y la Corporación Nacional Energética (NAPOCOR) de Filipinas, no es la ineficiencia «natural» de las empresas estatales, sino la crisis del paradigma que las apuntala: la electrificación centralizada. Las tecnologías centralizadas están vinculadas de modo inextricable con las políticas de dominación de nues-

tros países por parte de las elites centrales-tecnócratas, elites urbanas y empresariado nacional y extranjero. Detrás de la crisis de estas tecnologías está la desintegración de una alianza de largo aliento entre tecnócratas, agencias multilaterales y corporaciones privadas, cuyo objetivo ha sido imponer tecnologías devastadoras sobre las naciones en desarrollo, en nombre de una visión de modernidad y de búsqueda de rentabilidad. La industria energética, en particular, ilustra esta simbiosis destructiva de modernidad y rentabilidad.

Una de las expresiones más antiguas de que la generación y distribución de energía era una prueba clave de modernidad, tuvo lugar en 1921, cuando Lenin definió el socialismo como «El poder soviético más electricidad». Pero no fueron sólo los marxistas soviéticos quienes equipararon a la energía eléctrica con una sociedad deseable. Jawaharlal Nehru, personaje preponderante de la India (de la post Segunda Guerra Mundial), denominó a las represas como «los templos de la India moderna»; una declaración que, como señala la autora india Arundhati Roy, se encuentra en todos los textos escolares de primaria y en todos los idiomas de la India. Las grandes represas se han convertido en un dogma vinculado, de manera inextricable, con el nacionalismo. Cuestionar su utilidad casi llega a ser sedición.

* Walden Bello es Director Ejecutivo de Focus on the Global South. (Este artículo se escribió a partir de una presentación del autor en el seminario sobre «Tecnología y Globalización», realizado por el Foro Internacional sobre la Globalización, los días 24 y 25 de febrero de 2001, en la ciudad de Nueva York.)

LA ELECTRIFICACIÓN CENTRALIZADA

Los ámbitos tecnológicos para el desarrollo energético del período post Segunda Guerra consistieron en la creación en puntos estratégicos de un número limitado de generadores energéticos —gigantescas represas y plantas térmicas de petróleo o carbón o plantas nucleares—, que producirían electricidad para distribuirla en cada rincón del país. Las fuentes energéticas tradicionales o locales que permitieron un cierto grado de autosuficiencia fueron consideradas atrasadas. La electrificación (con sus grandes represas, grandes plantas y grandes nucleares) causó furor. De hecho, entre los tecnócratas, esta visión estuvo acompañada por una suerte de fervor religioso; definieron su obra como «la electrificación misionera» o la conexión de los pueblos más alejados a la red central. Cabe señalar que esta misión emprendida en India, Tailandia, Vietnam del Sur y Filipinas fue apoyada con donaciones de millones de dólares por parte de la Agencia Estadounidense de Desarrollo Internacional. No debe sorprender que esta actitud generosa viniera acompañada de una misión (menos saludable) como fue la de «pacificar las áreas rurales permeables a la agitación comunista».

De todos modos, Roy observa (en su brillante ensayo *El Costo de la Vida*) que, en nombre de la electrificación misionera, los tecnócratas de la India «no sólo construyeron nuevas represas y obras de riego, sino que también se apoderaron de los pequeños sistemas tradicionales de captación de agua, que funcionaron durante milenios, y permitieron que cayeran en el olvido». Aquí, Roy expresa una verdad esencial: que la electrificación centralizada impidió el desarrollo de sistemas energéticos alternativos que podrían haber sido más descentralizados, más orientados hacia las necesidades de la gente, ambientalmente benignos, y que necesitaban un uso menos intensivo de capital.

La electrificación centralizada, como toda ideología, sirvió a ciertos intereses, y estos intereses no fueron los de las masas. Los grupos de interés más preponderantes fueron:

- Agencias bilaterales y multilaterales claves. En Asia, el Banco Mundial y el Banco Asiático de Desarrollo (BAD) fueron los financiadores más importantes de las tecnologías energéticas centralizadas destinadas a la exportación a los países del Tercer Mundo, mientras USAID apoyó la electrifica-

ción rural. El desarrollo de energía centralizada proporcionó a estas instituciones la gran razón de ser y su posibilidad de expandirse en tanto burocracias gigantescas.

- Grandes multinacionales contratistas de obras como Bechtel o Enron, que obtuvieron ganancias enormes de la construcción de represas, por la provisión de servicios y/o consultorías sobre energía.
- Los exportadores de plantas energéticas, incluyendo plantas nucleares, como General Electric y Westinghouse, cuyos costos fueron subsidiados por las Agencias de Crédito para las Exportaciones, tal como el Eximbank de EE UU.
- Poderosas coaliciones locales energéticas de tecnócratas, grandes empresas, y elites urbanas-industriales.

A pesar de la retórica que existía alrededor de la «electrificación rural», la electrificación centralizada padecía de una tendencia inherente hacia la ciudad y la industria. Esto implicó, esencialmente gastar el capital natural del campo y los bosques, para subsidiar el crecimiento de la industria urbana. La industria era el futuro. La industria era la que realmente añadía valor. La industria fue sinónimo de poder nacional. La agricultura era el pasado.

Aparte de ser un elemento de los programas contrainsurgentes, la electrificación rural representó sólo una pequeña concesión al campo, para neutralizar la oposición a una electrificación centralizada orientada hacia las ciudades. Grandes represas «multipropósitos» cuyo objetivo, supuestamente, era abastecer a los países con energía y riego, fueron, antes que nada, proveedores de energía de los sectores urbanos.

COSTOS Y BENEFICIOS

Mientras estas áreas se beneficiaron, otras pagaron el costo. Específicamente, fueron las áreas rurales y el medio ambiente las que absorbieron los costos de la electrificación centralizada. Se han cometido tremendos crímenes en nombre de la generación de energía y riego, dice Roy, pero éstos se ocultaron porque los gobiernos nunca anotaron los costos.

- En Tailandia por ejemplo, el gobierno no mantiene cifras

sobre cuántas comunidades y pueblos rurales fueron desplazados por la veintena de represas hidroeléctricas y para riego, construidas desde los años cincuenta. Muy pocos recibieron una compensación. Las comunidades fueron reasentadas, desaparecieron, o simplemente se integraron en la miseria de los barrios marginales urbanos.

- Roy calcula que en India, grandes represas desplazaron a cerca de 33 millones de personas durante los últimos 50 años (un 60% de ellas «intocables» o gente indígena). De hecho, así como Tailandia, la India no cuenta con una política de reasentamiento para los desplazados por represas. Tampoco Filipinas.
- Los costos sobre el medio ambiente han resultado ser tremendos; en Tailandia, cientos de miles de hectáreas de bosque primario fueron sumergidas, algunos ríos cambiaron su curso, la pesca dejó de ser una fuente de sustento para las comunidades ribereñas, y muchas especies de peces, simplemente desaparecieron. En la India, anota Roy, «la evidencia contra las grandes represas aumenta de manera alarmante —desastres por irrigación, inundaciones provocadas por represas, el hecho de que, comparado con el año 1947, hoy en día existen más áreas propensas a sequías e inundaciones, el hecho de que ni un solo río de los llanos sea tratado para proveer agua potable».

MALA COSECHA

Pero ¿qué beneficios han traído los 50 años de electrificación centralizada?

- Después de imponer tales altos costos humanos y ecológicos, la cantidad de luz generada por la controvertida Represa Pak Mun, en el Noreste de Tailandia, apenas suministra a un puñado de centros comerciales en Bangkok.
- En la India, el 22% de la electricidad generada se pierde, debido a la falta de eficiencia en la transmisión y en otros aspectos del sistema. La proporción en Filipinas es por lo menos de un 25%, lo cual probablemente representa el promedio de los países en desarrollo. En Filipinas, después de 50 años de una electrificación masiva, más de 30% de vi-

viendas rurales no cuenta con servicio eléctrico. En la India un 70% no tiene acceso a la electricidad.

BENEFICIARIOS

Sin embargo, esto no debe sorprender, pues la electrificación centralizada nunca tuvo como objetivo principal suministrar energía a la gente, a un precio razonable y/o de manera eficaz.

Su objetivo realmente fue otro:

- En primer lugar, la electrificación centralizada fue diseñada para promocionar una visión de modernidad para satisfacer las ambiciones de los tecnócratas y de las elites autoritarias, como Marcos en Filipinas, quien identificó su propio poder con el poder que iba a producir la planta nuclear El Bataan.
- Buscó repartir rentas subsidiadas por impuestos a los contratistas de obras multinacionales y locales, y a los constructores de plantas nucleares, tal como la ubicua Bechtel.
- La electrificación centralizada es una razón para el mantenimiento y expansión de burocracias multilaterales gigantes como la del Banco Asiático de Desarrollo y la del Banco Mundial.
- El propósito de la electrificación centralizada no fue la provisión de un programa de desarrollo coherente y equilibrado, sino desencadenar un fuerte proceso de desarrollo (desequilibrado, desestabilizador y orientado hacia el sector urbano), que dejaría atrás a la mayoría del campo, puesto que los recursos nacionales se enfocaron en la construcción de un sector manufacturero e industrial, a la manera occidental.

LA NUEVA PANACEA

Hoy en día, el mantenimiento de estos sistemas estatales de electrificación centralizada se ha vuelto costoso. Ahora el FMI, el Banco Mundial y el Banco Asiático de Desarrollo desean que los gobiernos los privaticen y desregularicen. Mientras los gobiernos tuvieron que controlar los precios para justificar los altos costos de generación, transmisión y distribución, la ex-

pectativa es ahora que el sector privado suba los precios y racionalice los servicios, lo que significa la simple eliminación de los que no cuentan con capacidad de pagar. Después de haber sido engañada por la ideología de la electrificación centralizada, ahora la gente será manipulada por la ideología de la privatización (igualmente peligrosa y un callejón sin salida), mediante la propaganda de la mayor eficiencia que daría el manejo privado de los servicios esenciales.

PAGANDO EL COSTO

Si no hay sorpresas, los consumidores urbanos y rurales serán quienes paguen los costos de la transición, pues las corporaciones privadas, muchas de ellas compañías transnacionales como Enron y KEPCO, no serán obligadas a absorber el costo total de estos sistemas intensamente capitalizados, que los gobiernos compraron con préstamos masivos. En Filipinas, por ejemplo, los consumidores subsidiarán la venta de la Corporación Energética Nacional al sector privado, a través de un impuesto diseñado para recaudar 10 mil millones de US\$.

Hoy en día, en cada país, los bienes físicos, que conforman los sistemas centralizados, se están repartiendo entre las empresas privadas. Pero la repartición no se realiza entre empresas pequeñas y medianas, lo que al menos sería consistente con la filosofía del mercado libre. No, el modelo para nosotros en el Tercer Mundo es el sistema de desregulación energética lanzado en California a inicios de los años noventa, ya que ahora los tecnócratas y las grandes empresas postulan que las «economías de escala» requieren que las plantas energéticas sean

reservadas para unos pocos, supuestamente «eficientes» generadores de energía.

Así, el sueño de la gran energía centralizada, que tantos de nuestros tecnócratas asociaron con el poder nacional, se ha convertido en una pesadilla. Resultó ser sólo una fase del proceso de entrega de la energía eléctrica a los monopolios privados, muchos de ellos, transnacionales extranjeras. Y con la fracasada desregulación californiana como modelo, es altamente probable que estemos encaminados hacia un desastre económico mucho mayor que la crisis de los sistemas energéticos estatales centralizados.

A pesar que se subestima a la gente, en este momento, en varias partes del Tercer Mundo, en lugares como Narmada en la India, Pak Mun en Tailandia, la gente está involucrada activamente en luchas contra la implementación de tecnologías centralizadas que ofrecen la ilusión, pero no la realidad del progreso nacional. Estas luchas en ámbitos lejanos empiezan a generar en los supuestos beneficiarios de la electrificación centralizada, un sentimiento crítico contra este paradigma obsoleto y tildado de avance nacional, pues van percatándose de que, en realidad, se trata de una fase de la entrega de los bienes nacionales a los monopolios privados, a costa de ellos. Éste es el caso del distribuidor eléctrico Meralco en Filipinas, una corporación que es la máxima expresión de la unión incestuosa entre electricidad, monopolio, y superrentabilidad.

En resumen, la gente es cada vez más consciente de que la lucha por la comunidad, la independencia y el futuro está vinculada, de manera irreversible, a la lucha en contra de las malas tecnologías centralizadas, que simplemente promueven dominación, dependencia y disolución.

